

Luis Orrego Luco

Domingo Melfi

IMPRESIONES Y RECUERDOS

Antes de conocerle leí varios de sus artículos, en los cuales se anunciaba personalidad vigorosa, claridad de inteligencia y la fuerte línea intelectual y moral que lo constituirían, destacándolo entre los jóvenes más brillantes de la nueva generación. Andando el tiempo, hube de conocerle y apreciarle personalmente en su verdadero valer, que era considerable. De figura simpática y atrayente, revelaba pronto vastísima cultura literaria y grandes condiciones de honradez moral, exenta de preocupaciones y de exageraciones, criterio tranquilo y sereno, amor a las letras, y la superioridad de juicio que había de conquistarle un puesto de primer orden entre los críticos que conocemos.

El concepto de la crítica es uno de los que han sufrido mayores alteraciones en la escala de los valores humanos. En tiempos antiguos dominaba el tipo del crítico pequeño, de Zoilo criticando a Homero por ápices y menudencias de las cuales jamás se encuentra

exenta la obra de los hombres por valiosa que sea. En España, hasta no hace mucho, predominaba en la crítica el criterio pequeño de minucias gramaticales. Pero andando el tiempo, comenzó a predominar en el mundo el criterio amplio de Montaigne, de Voltaire y Diderot en Francia, de Goethe y Schiller en Alemania, de Maccaulay y Matthew Arnold en Inglaterra, de Saint-Beuve, Taine y Brunetière en Francia, de Valera y Menéndez Pelayo en España. La crítica se transformaba tomando inmenso vuelo y trataba de penetrar en el alma de los libros, hasta raíces y causas en historia. Estudiaba el medio, los personajes y la acción social de una novela. Ahondaba, profundizaba cada vez más, transformando el libro en impresión de un mundo oculto y misterioso que iba surgiendo del fondo de las aguas como ciudades desaparecidas, como esos continentes devorados por los mares. Los críticos chilenos de antaño, como Rómulo Mandiola, Pedro Cruz, vivían enredados en minucias gramaticales y aplastados por preocupaciones religiosas que perturbaban su criterio. La nueva crítica supo elevarse y ampliar sus horizontes, siguiendo los ejemplos europeos, como hacen los críticos modernos.

A esta nueva y noble crítica moderna pertenecía Domingo Melfi. En sus apreciaciones penetraba hasta el fondo de una época y de un libro, estudiaba el medio, consideraba los personajes en las realidades de la vida chilena, los veía moverse, agitarse apasionados o indiferentes, sometidos a la presión de intereses y de

codicias, de vanidades y de amores. No veía un mundo ideal, que no existe, sino un mundo real, de pequeñeces, de rivalidades o de luchas.

Lo que interesaba a Melfi, más que el volumen, era el trozo de vida nueva que él encerraba, las luchas o pasiones de sus personajes, la evolución del medio. Y su crítica tomaba el interés de un naturalista examinando las especies raras encerradas en las colecciones y contempladas a través de un vidrio.

Andando el tiempo, de manera insensible, me sentí atraído personalmente por la naturaleza tan simpática y bondadosa de Domingo Melfi. Le admiraba como escritor brillante y concreto, y crítico de primer orden; pude apreciarlo, ya de cerca, por la nobleza de su alma, exenta de rivalidades, de prejuicios y de pasiones tan frecuentes en los escritores jóvenes.

En la vida resaltaba constantemente la superioridad de su alma y de sus juicios.

Cuando Melfi llegó a conocer el puerto de Constitución, salimos algunas veces en bote, por el río, y contemplamos juntos aquellos paisajes de belleza imponderable y apacible. Comprendí entonces, por sus impresiones, que teníamos una manera semejante de sentir la naturaleza, de fundirnos en el paisaje. También comprendíamos, en forma parecida, a los hombres.

Ha desaparecido temprano, cuando podíamos esperar muchas hermosas y nobles páginas de su pluma. Su vida, recta y de una sola línea, merecía la divisa del Caballero Bayardo: «Sin miedo y sin reproche».